

“Sine dominico non possumus.”

Homilía para el Jueves Santo 2019 en la Catedral de St. Paul en Yakima, Washington USA
Reverendísimo Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

¡La paz sea con ustedes! "¡Sin el Señor no podemos vivir!" "*Sine dominico non possumus.*" Esa es la respuesta dada por Emeritus, un cristiano del siglo cuarto al procónsul romano en la ciudad de Abitene en el norte de África.

En este solemne Jueves Santo permítanme meditar con ustedes sobre la centralidad de la Eucaristía para los primeros cristianos. Al comienzo del siglo cuarto, el culto cristiano todavía era prohibido por las autoridades del imperio romano. El emperador Diocleciano ordenó que encontraran "los textos sagrados y los santos testamentos del Señor y las Escrituras divinas para que fueran quemados; las basílicas del Señor debían ser derribadas y la celebración de los ritos sagrados y reuniones santas del Señor iban a ser prohibidas." (Hechos de los Mártires, I)

Entre los que desobedecieron las órdenes del emperador, se encontraba un grupo de cuarenta y nueve cristianos de Abitene que incluía al Senador Davitus, al sacerdote Saturninus, a la virgen Victoria y al lector Emeritus. Se reunían cada semana rotando por diferentes hogares para celebrar la Eucaristía dominical. El día de su arresto en el año trescientos tres A.D. estaban en el hogar de Octavius Felix. Habiendo sido arrestados fueron llevados a Carthage al Procónsul Anulinus para ser interrogados.

Cuando el procónsul les preguntó si ellos mantenían las escrituras en sus hogares, los mártires valientemente contestaron que "ellos las mantenían en sus corazones," revelando así que ellos no deseaban separar la fe de sus vidas. Durante sus torturas y tormentos, los mártires expresaron exclamaciones tales como "Te imploro, Cristo óyenos," "Gracias, Dios mío," "Te imploro, Cristo, ten misericordia." Junto con sus oraciones ellos ofrecieron sus vidas y pidieron que sus ejecutores fueran perdonados.

Entre los testimonios que ellos dieron está el de Emeritus y es a él al que el Santo Padre Benedicto Decimosexto cita para cerrar su exhortación apostólica sobre la Eucaristía. El procónsul le preguntó a Emeritus. "¿Por qué has recibido cristianos en tu hogar, incumpliendo las disposiciones imperiales?" Emeritus contestó, "*Sine dominico non possumus.*" Esta respuesta de Emeritus puede ser traducida en dos formas diferentes porque "dominico" significa "Señor" y "domingo." "¡Sin el domingo no podemos vivir!" "¡Sin el Señor no podemos vivir."

¿Cómo podríamos vivir sin el Señor? ¿Cómo podríamos vivir sin rendir culto el Día del Señor? Estas dos fibras pueden juntarse esta noche mientras oramos y meditamos ante el Santísimo Sacramento. La famosa letra del himno "Pange Lingua" nos recuerda cómo – en la Eucaristía – recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo en toda su humanidad y en toda su divinidad. Sin

embargo, la misma música y el culto divino hablan de cómo se produce este milagro precisamente en el contexto de la adoración.

Sin el Señor no podemos vivir y sin la celebración de la Eucaristía dominical tampoco podemos vivir. "Sine dominico non possumus." Estas dos fibras de la liturgia y el Señor se juntan con nuestra devoción después de la Misa del Jueves Santo de la Cena del Señor. Porque en la Eucaristía recibimos el Cuerpo y la Sangre de Cristo en toda su humanidad y en toda su divinidad. Recibimos su vida. Sin embargo, esta vida de la Eucaristía está directamente relacionada al culto divino de la Misa donde los elementos diarios de pan y vino se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Cristo.

En el año trescientos tres estos primeros testigos cristianos de Abitene fueron martirizados por su fe durante la persecución del Emperador Diocleciano. De igual manera, nuestro propio Santo Padre, el Papa Francisco nos pide recordar a los mártires modernos como los de Abitene que son perseguidos por su fe. Recientemente el Papa Francisco hizo un video breve sobre este tema, el cual hemos publicado en la página de Facebook de nuestra Diócesis de Yakima. Asimismo, la colecta de mañana Viernes Santo para la Tierra Santa nos recuerda lo difícil que es hoy en día mantener nuestra presencia cristiana en la Tierra Santa.

Que este Jueves Santo podamos decidir unirnos a los grandes testigos de la fe – los del siglo cuarto de Abitene – y los que viven su fe en condiciones peligrosas hoy en día. Que oremos por ellos. Que los apoyemos. Que su testimonio profundice en nosotros la realidad que al igual que ellos, nosotros también no podemos vivir sin la Eucaristía. Tampoco podemos vivir sin el Señor. Tampoco podemos vivir sin adorar a Dios presente esta noche en nuestro medio. ¡La paz sea con ustedes!